ba recuerdos de disgustos sufridos en él; por fin hizo lo que su marido deseaba, y se trasladó á Alba de Tormes.

Llegó de noche, y fué á parar en la casa que Velázquez tenía dispuesta; mal impresionada por la contrariedad que sentía, parecióle todo feo, pobre y desmantelado; y sin querer hacerse cargo de la nueva vivienda apresuróse á entrar en la cámara donde debía recogerse.

Alboreaba el día cuando la esposa del Contador se levantó y vistió para ir á Misa: mucha parte de su mal humor se había disipado, y salió casi alegre de sus habitaciones; mas de repente se detuvo sorprendida: hallábase en un corredor descubierto y con barandas, semejante en todo al que vió en sueños, y se extendía ante sus ojos el mismo panorama; no faltaban más detalles en el extenso patio, y al lado del pozo con brocal de piedra, que la venerable figura del Apóstol y los blancos lirios entre la hierba que abundantemente crecía.

Doña Teresa, cada vez más asombrada, miró largo rato lo que se extendía ante sus ojos; luego fué á buscar á su marido, y le refirió lo que hasta entonces había tenido secreto; rogóle después que, ya que no tenían herederos de su cuantiosa fortuna, hicieran de aquella casa un convento, donde las vírgenes consagradas al Señor le alabaran sin cesar.

Velázquez aceptó gustoso la idea, pues era tan piadoso como inclinado á complacer á su esposa; así, convinieron en realizarla muy pronto; mas apenas se empezó á tratar de ello, surgieron graves dificultades; ofrecía la mayor de ellas la

misma señora que, anhelante de perfección, quería monasterio de mucho encerramiento, pocas religiosas, y éstas dotadas de tan altas virtudes que ninguno de los establecidos le agradaba; en tanto que elegía, compró otra casa y se trasladó á ella. La Providencia hizo que estuviese próxima á la de Juana de Ahumada, y pronto una estrecha amistad unió á las dos damas; pero lo que más atraía á la esposa del Contador al hogar de Juana de Ovalle era la tierna Beatriz, hija menor de la hermana de Teresa de Jesús, que, aunque de corta edad, era el encanto de cuantos la conocían.

VI

Si bien á cada paso hallaba Teresa Láiz una decepción, continuaba incansable en su propósito; estudiaba Reglas, leía Constituciones, visitaba conventos y meditaba de qué Orden haría el que á su costa iba á fundar; mas el enemigo de las almas, seguro de que, una vez establecido, sería otro baluarte donde le harían perpetua guerra, multiplicaba los ardides para estorbarlo. No era el menor que nada de cuanto veía la esposa de Velázquez le agradara, y poco á poco sintiera cansancio de sus inútiles pesquisas. Consultaba teólogos y letrados, y unos y otros le aconsejaban invirtiera su caudal en obras pías de otra clase, y en apoyo de su opinión le decían que las religiosas solían estar descontentas de su estado. A la vez su confesor, que era un docto franciscano, le ordenaba no obstinarse en hacer lo que el mismo Señor parecía no querer consentir.

Resultó de tantas contrariedades que el fer-

vor del matrimonio empezó á entibiarse, y dirigió sus deseos á otro fin; tenían un sobrino, hijo de la hermana mayor de Doña Teresa, mancebo de buen parecer y honrada condición, á quien pensaron casar con una sobrina de Velázquez, doncella de grandes méritos, á pesar de sus pocos años.

Era precisamente la época en que la santa Madre Teresa de Jesús fundaba en Salamanca; y aunque Juana de Ahumada le escribió algo de lo que oía decir, no se trató formalmente este asunto; pero de pronto murió el sobrino que pensaban hacer heredero, y Teresa Láiz, espantada de tal desgracia, que juzgó castigo del Cielo, volvió á la intención de fundar, y se propuso, en unión de su esposo, no tener descanso hasta conseguirlo.

Volvió por entonces de una aldea, donde había ido á pasar algunos días, el confesor de la de Velázquez, y trajo nuevas que consolaron mucho el corazón de la noble señora; oyendo el Padre hablar allí de las carmelitas descalzas, se informó de cuanto les correspondía; supo las virtudes que de ellas publicaba la fama, y aficionado á la Reforma del Carmelo dió tan buenas razones á la esposa del Contador, que la decidieron á llamar á la santa fundadora.

Juana de Ahumada sirvió de medianera, aunque al principio rehusó por delicadeza inclinar la voluntad de su amiga; por fin, como desde las primeras cartas fuera simpática á la esposa de Velázquez la prudencia de la religiosa, cedió en las diferencias que había, y Teresa de Jesús fué á Alba de Tormes.

VII

En una hermosa cámara de la casa de Juana de Ovalle se hallaba Juana de Ahumada, su esposo é hijos, que, llenos de alegría, rodeaban á la santa Madre: hacía escasamente una hora que había llegado, y la abrumaban á preguntas; informábase ella al mismo tiempo de los adelantos del sobrino (el niño que se tuvo por muerto en el hundimiento de la obra en Avila), y acariciaba con ternura á la pequeña Beatriz, que, extasiada en contemplar á su tía, no acertaba á separarse de ella.

—¿Y nuestra hermana Doña María?—dijo de pronto Teresa de Jesús, cuando nada en la conversación parecía justificar tal pregunta.

—Sigue muy bien,—respondió la esposa de Ovalle;—vive con su hija menor, que está casada, y disfruta tanto sosiego que mayor no puede deseársele. Sus ocupaciones son obras de misericordia, y sus alegrías recibir cartas de María Bautista.

—Buena Priora tiene el convento de Valladolid, y digna en todo de la Maestra que la ha guiado,—exclamó Juan de Ovalle.

—¿Hace mucho que vuesas mercedes no ven á nuestra Hermana?—insistió Teresa, que, preocupada por ideas muy graves, no reparó en la delicada lisonja de su cuñado.

—Cerca de un año,—respondió Juana;—cuando llegué á Castellanos acababa de marchar su reverencia.

—¿Y sabe si continúa en practicar mis consejos?

—Con tanta fe como humildad; confiesa frecuentemente, y comulga todos los días; tiene sus ratos de oración, y, como ya le he dicho, sus recreos consisten en visitar y socorrer á los pobres.

—¡Alabado sea el Señor!—exclamó Teresa con un suspiro de tranquilidad.

¿Qué pasaba en su interior? Revelaciones divinas le habían anunciado el repentino fin que amenazaba á su hermana; y cuando fué á verla, deseosa de que se hallase preparada, sin alarmarla le puso un plan de vida conforme á la gloria que le deseaba. Aunque sin sospechar el motivo, Doña María se prestó gustosa á lo que la santa Madre le aconsejaba, y marchó sin estorbos por el estrecho camino de la más alta virtud.

VIII

Doña Teresa Láiz, que llegaba en alas de su deseo de conocer á la fundadora, interrumpió la conversación; al saludarla con profundo respeto, no pudo menos de extasiarse en la hermosura de su venerable rostro.

—Madre,—le dijo con una sonrisa,—si antes hubiera conocido á su reverencia, ya estaría hecho el monasterio; tan pagada estoy de verla, que no habría dificultad en que no cediera por contentarla y gozar de su presencia algún tiempo.

—Mis horas están contadas y no puedo hallar reposo en parte alguna,—respondió humildemente Teresa de Jesús;—«como la herencia que

Cristo nos dejó son trabajos, éstos hemos de admitir con gusto los que quisiéremos ser sus hijos». (*Fundaciones*, cap. X, núm. 9.)

—Pero su reverencia está muy enferma,—añadió Juana,—y no le vendrá mal descansar aquí siquiera seis meses.

—«Propio es de Dios hacer de los flacos fuertes, y de los enfermos sanos; y cuando esto no hiciere, será lo mejor padecer por nuestra alma, y puestos los ojos en su honra y gloria, olvidarnos de nosotros. ¿Para qué es la vida y la salud sino para perderla por tan gran Rey y Señor?» (*Fundaciones*, cap. XXVIII, núm. 8.)

—¡Oh, mi Madre!—dijo quedita á su oído la dulce voz de Beatriz.—Lléveme consigo cuando se marche, que quiero ser monja descalza.

—Desatinas, hija,—exclamó vivamente Juana al oir tan candorosa petición:—tienes muy poca edad para elegir estado.

—Cierto es, aunque la elección prueba razonable juicio,—dijo con gravedad la fundadora;—tiempo ha de pasar; pero llegará al cabo lo que Dios fuere servido. Sé buena hija, humilde, obediente, piadosa, y no temas; «las almas enamoradas del Señor, anhelan los trabajos por su amor y el del prójimo». (*Camino de Perfección*, cap. VII, núm. 6.)

—Madre Teresa,—dijo entonces la esposa del Contador,—he prevenido cuanto creí necesario; porque es tal mi deseo de ver hecha la fundación, que no me deja sosegar hasta terminarla.

—Entonces, señora mía, nada hay que esperar, y alabo á Dios por todo, á la vez que le ruego tenga á vuesa merced en su santa guarda.

—Si á su reverencia parece bien, nuestra voluntad sería que el convento lleve el nombre de la Asunción de la Virgen, —dijo con timidez la dama.

—Con tanto más gusto cuanto que soy muy devota de este sagrado misterio.

Francisco Velázquez llegaba con las escrituras de donación, y después de firmarlas y tratar largamente de cuanto se relacionaba con ellas, despidiéronse de la santa Madre, y ésta se retiró á descansar en el aposento que le tenían prevenido.

IX

El 25 de Enero, fiesta de la Conversión de San Pablo, fué la solemne toma de posesión del nuevo monasterio, con tanta alegría de sus patronos como singular gozo del pueblo. Si en la noche de aquel día hubiera podido la esposa de Velázquez asomarse al corredor de su antigua morada, habría visto realizado su misterioso ensueño: por el ámbito del patio cruzaban las cándidas flores, cuyos perfumes de virtudes subían al cielo; delicados lirios espirituales que desde entonces produce con abundancia tan deleitoso jardín. Incansable en el cumplimiento de su deber, Teresa de Jesús encomendó la dirección del convento á Sor Juana del Espíritu Santo, y nombró Subpriora á María del Sacramento, á la cual para estos cargos llevó consigo desde Salamanca. Luego, sin rendirse á los ruegos de las que deseaban gozar algo más de su compañía, partió para Medina del Campo, donde habían surgido graves diferencias.

CAPÍTULO X

PRIORA DOS VECES

I

Gran pena tuvo la fundadora cuando, al llegar á Medina, halló, no solamente los males que recelaba, sino otros más graves, por estar la Comunidad dividida en dos bandos y obedecer cada cual á diferente Priora. Inés de Jesús, elegida por la santa Madre para tal cargo, veía usurpadas sus atribuciones por Doña Teresa Quesada, religiosa que había sido en la Encarnación de Avila, y que supo recabar apoyo del Provincial para imponerse á sus Hermanas. De aquí nacían grandes disgustos con la familia de una novicia que, descontenta de la vocación de ésta y codiciosa de los bienes que poseía, deseaba á toda costa sacarla de la clausura tomando como pretexto la desunión de las religiosas.

La llegada de la fundadora fué como el agua